

Pedro Guillermo Jara

Una gata,
un gorrión
y una araña



© Pedro Guillermo Jara
Edición Caballo de Proa
Valdivia, diciembre 2009
cabalodeproa@gmail.com

Gorrión



El pueblo de Gorrión amaneció consternado. La noche anterior la gata Inana había atrapado a Juanito Gorrión, lo desplumó y lo devoró frente a la mirada espantada de sus vecinos y amigos.

Juanito Gorrión era un hombre de esfuerzo, servicial. En sus horas libres, cuando podía, ayudaba a sus vecinos. Pero se había descuidado y la gata Inana, oculta tras el follaje, lo estaba vigilando. Cuando Juanito se posó en la última rama, la gata le había dado el zarpazo. El resto era historia, plumas dispersas.

—¡Es el colmo, compañeros!, vociferó Eduardo Gorrión, Presidente de la Junta de Vecinos. ¡Hasta cuándo vamos a soportar estos atropellos!

Un vecino pidió la palabra:

—Compañero Eduardo... Compañero... Por favor... Pido la palabra...

—¿Sí, don Luis Gorrión?

—Mire, compañero, yo propongo mayor vigilancia en los árboles. Sugiero que aumentemos la dotación de loros...

Don Jorge Gorrión, el más viejo, pidió la palabra:

—Pero don Luis... Qué sentido tiene... Si ya estamos llenos de loros en los árboles y lo único que hacen es charlar, contar chistes, reírse de los demás... Aumentar la dotación para qué, si con los que tenemos es suficiente... Este asunto de la seguridad pasa por nosotros mismos. Tenemos que estar atentos a cualquier movimiento sospecho en el pueblo...

Desde el pie del ciruelo, en donde se ubica la sede social, Inana espera pacientemente.

El pueblo de Gorrión tiene que convivir todos los días con los asaltos a mano armada, con los robos. Y con la muerte, a la cual se han habituado pese a los resguardos y esas plumas de sus vecinos y amigos que tienen que recoger cada cierto tiempo para darle pajarística sepultura.

Los Araña



La familia Araña, siempre ha vivido en el entretecho. Su mundo es plano y su cielo, sin estrellas, ni luna, ni sol, termina en un vértice en forma de A.

Don Luis Araña-Patas Largas y su esposa Ana Luisa Araña tienen tres hijos: Juana del Carmen Araña, Luis Alberto Araña -el del medio- y Luisa Araña, la menor.

Hace un par de meses atrás el tío Eduardo Araña-Patas Largas murió producto de su porfía. Su hermano Luis le advirtió observándolo fijamente a sus cuatro pares de ojos verdes:

—El mundo es plano. No vayas...

Pero el tío Eduardo, que bebía bastante y sus telas eran un desastre por su irregularidad, insistió:

—Iré. Estoy seguro que más allá en donde según tu apreciación termina el mundo, hay algo más...

Geoglifo Nazca, sur de Perú. La longitud de la imagen, sólo visible desde el cielo, es superior a 50 m.

Pero su hermano Luis le repetía hasta el cansancio mientras fabricaba su tela:

—No seas porfiado, hombre, no sé qué te dio con ir más allá de lo real...

—¿Qué pierdo en intentarlo?

—Ir más allá es tabú...

—Tú y tus creencias ancestrales...

—Bueno, no puedo hacer nada más... Es tu decisión.

Eduardo Araña-Patas Largas tomó su mochila, se preparó un emparedado con una sabrosa mosca, se despidió y tomó rumbo hacia el fin del mundo en busca del paraíso. Pero nunca más supimos de él. Alcanzamos a agitar un pañuelo a modo despedida y lo vimos desaparecer mientras caminaba al ritmo de sus ocho patas.

Un tiempo después nos visitó Juan Carlos Araña del Trigo y nos contó que se cruzó con Eduardo cuando se dirigía al fin del mundo. Se había enfrentado al primer escollo, un abismo de varios metros que separaban el fin del mundo y una franja de tierra que se encontraba del otro lado. Lanzó su tela anclándola en el otro extremo lanzándose al vacío. Cuando su cuerpo literalmente volaba desde un punto al otro, se había asomado la cabeza de un gorrion engulléndoselo con mochila y todo. Luego el monstruo voló hasta perderse en la nada. Eso nos contó. Mi padre Luis Araña quedó consternado mientras rodaban algunas lágrimas desde todos sus ojos, sin excepción. Le encargó una misa al cura Raúl Araña-Poto Negro.

Por eso nosotros le tenemos pavor al fin del mundo porque es plano y tiene límites. Más allá, la muerte.

Aquí en el entretecho somos felices, corremos, fabricamos pequeñas telas para cazar mosquitos, tan sabrosos. Nuestros padres son laboriosos y siempre se preocupan de nosotros. Mi padre nos construyó unos hermosos capullos para dormir y ambos

fabrican telas para conseguir el sustento diario. No nos podemos quejar.

Aquí han nacido y muerto arañadamente muchas generaciones. Sabemos sólo de oscuridad. Un concepto que nunca hemos comprendido muy bien, y que lo predica el señor cura, se refiere a la oscuridad y a la luz, ideas extrañas que nos cuesta asimilar, “es un dogma”, recalca durante sus sermones.

El concepto luz se filtra a través del cielo por algunos agujeros como pequeños rayos que nos encandilan.

Nuestra familia Araña-Patas Largas siempre ha vivido en esta parte del mundo. Un poco más allá vive la familia Araña-Poto Colorado; hacia la esquina del mundo viven los Araña del Trigo, que es una familia de campesinos; en el centro de la tierra vive la familia Araña-Poto Negro conformado por curas, abogados y arquitectos. La otra familia son los Araña Saltarinas, circenses, trotamundos e itinerantes. Nos hacen reír con sus piruetas.

De algún modo guardamos con mucho afecto la memoria de nuestro tío Eduardo Araña-Patas Largas porque era un soñador, escribía poemas, era anarquista y okupa. Pero encontró la muerte en pos de esos sueños. ¡Pobrecito, que la gran Tarántula se apiade de su alma y lo reciba en su santo reino!